II DOMINGO DE NAVIDAD.

Serenas y profundas reflexiones

Por Pedrojosé Ynaraja

A nuestras calles iluminadas por guirnaldas, a los comercios, a los lugares de diversión y a los encuentros deportivos extraordinarios, no les sentaría bien el texto inicial del evangelio de Juan, si lo exhibieran en grandes pancartas. En expresión popular, diría que les suena a chino. O que, si a alguien se le ocurriese convocar a la gente para leérselo, les parecería mosca en leche.

El hombre es un ser festivo. El adorno de perejil que la anfitriona ha puesto en la boca del pescado, es una sencilla prueba. Un animal se comería la merluza, sin fijarse en el detalle. Sí, es festivo el ser humano, pero también reflexivo y adorador. Detalles estos que le distinguen de los animales, mucho más que las diferencias de su código genético.

Una Navidad con papá Noel, árbol, belén, turrón, panetone, champán y otras hierbas, es una temporada coja y manca, espiritualmente hablando. Piensa uno, equivocadamente sin duda, que desde lo alto al contemplar el Señor nuestras navidades, se debe preguntar: ¿y para esto fui yo allí?.
Errónea imaginación sin duda, Dios nunca pierde la Esperanza. De esto estoy seguro, más que de cualquier otra cosa.

Reconozco, mis queridos jóvenes lectores, que para gozar del texto evangélico de la misa de hoy, se necesita una cierta cultura bíblica y conocimiento de su lenguaje. Que pese a que cuando se elaboró, el común de la gente no sabía leer, hoy en día resulta más fácil entenderlo si lo vemos escrito. Antiguamente no existían las letras mayúsculas y minúsculas, hoy sí. Y da sentido y contenido a un mismo vocablo, el escribirlo de una u otra manera.

Veamos, por ejemplo, Verbo. Si esta palabra la escribiera con minúscula, obviamente uno se preguntaría: ¿de qué conjugación es? Al verla en mayúscula y atribuyéndola a la divinidad, de inmediato uno se da cuenta de que algo misterioso se esconde en ella. Pues, sí. En la realidad divina afirmamos que hay un Verbo, una Palabra, una expresión. Es lo que por la Fe afirmamos es una de las tres Personas del único Dios en el que creemos. Pero, inmediatamente, pensamos en algo más. Una palabra, si alguien la pronuncia, es para que alguien la escuche. Dios-Palabra, es el Dios comunicable. No un ser alejado de la humanidad y tal vez enojado, como piensan ciertas culturas. Es un Dios al que le gusta la confidencia, porque confía.

Hasta aquí conceptos, algo así como los datos que aparecen en un documento de identidad. Pero, no hay que olvidar, que junto a ellos está el Ser que nos llega, que

se introduce en la historia humana. Y entra y, simbólicamente, escribe Juan, que planta la tienda entre los hombres. Unos lo aceptan, se relacionan, conviven con Él, otros lo ignoran.

Yo no se, mis queridos jóvenes lectores, si habéis pasado por la experiencia en algún viaje, de estacionaros en un área de descanso y desplegado la tienda, dispuestos a reposar y dormir. Habéis mirado en vuestro entorno y habéis observado que nadie os hace caso, que ni siquiera podéis preguntar donde hay agua o servicios higiénicos. Se encuentra uno incómodo allí.

Al contrario, pongo un ejemplo experimentado unas cuantas veces. Ha decidido que en su viaje por el extranjero, se parará en Taizé. Se trata de una estancia corta, un retiro, unos ratos de reflexión y plegaria, antes de continuar la ruta turística. Puede uno acercarse a quien sea y preguntarle lo que sea. De palabra o con signos, acudiendo al dibujo del lugar que uno desea encontrar o tratando de acertar como se pronunciará en la lengua del interlocutor. El resultado es satisfactorio, a veces motivo de risa o, hace pocos meses, tener la sorpresa, de que a quien preguntaba resultaba ser pariente de una familia amiga.
Os he dicho que son ejemplos. El resultado de estas actitudes es que unos de un país solo se traen fotografías y otros profundas experiencias de amistad y enriquecimiento personal. (¡Alerta! Que os he mencionado Taizé y, afortunadamente, no es el único lugar. Pobres de vosotros si os contara todos los lugares en los que he vivido experiencias tales)

Así como recibir bien, aceptar y compartir, enriquece. Recibir bien, aceptar y compartir con Jesús, nos convierte en seres afortunadísimos. Sin que nos lo merezcamos, sin tener que pagar, sin necesidad de traductor, por pura predilección de Dios-Palabra, nos convertimos en hijos, en compenetrados con la intimidad de Dios.

Los otros los que con Él no se quieren comunicar, los que no lo aceptan, es como aquel que de un país no sabe más que lo que se ve desde el avión o lo que observa en el aeropuerto que le toca efectuar una parada técnica.

Padre Pedrojosé Ynaraja